

REFORMA SIGLO XXI

La teoría de la lucha de clases (segunda parte)

■ ■ Gabriel Robledo Esparza*

En esta segunda parte, analizamos las obras de Carlos Marx y Federico Engels donde con mayor profundidad se exponen las ideas fundamentales de la teoría de la lucha de clases, que son: *La ideología alemana*, *La sagrada familia*, *El manifiesto comunista*, *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* y *La Guerra Civil en Francia*.

La ideología alemana

Las luchas en el Estado son luchas de clases. La clase que quiere implantar su dominación debe conquistar el poder político. La gran industria crea una clase con intereses comunes que ha perdido toda nacionalidad y que se desentiende del viejo mundo y se enfrenta a él. La gran industria hace insoportable para el obrero su relación con el capitalista y con el propio trabajo. Por ello, los proletarios desarrollan un movimiento de clase en contra de estas condiciones en que viven. La gran industria maquinizada reduce a todos los individuos a dos formas simples: la propiedad privada y el trabajo.

Los individuos trabajadores han llegado a tal punto, en el régimen capitalista, que necesitan apropiarse la totalidad de las fuerzas productivas para asegurar su propia existencia y poder ejercer su propia actividad. La apropiación de esa totalidad de fuerzas productivas es el desarrollo de una totalidad de capacidades individuales. Únicamente los actuales proletarios, completamente excluidos de su propia actividad,

son quienes pueden realizar esa apropiación. La apropiación sólo puede realizarse:

a) por una asociación universal de los proletarios y
b) por una revolución que derroque el modo de producción e intercambio existente y la organización social correspondiente, que desarrolle el carácter universal y la energía que se necesita para esa revolución y despoje a los proletarios de todo cuanto pueda quedar de su posición en la sociedad anterior [de la propiedad privada sobre sí mismos].

El comunismo es el movimiento real por medio del cual los proletarios se apropian de la totalidad de las fuerzas productivas. El comunismo derruye las relaciones de producción y de intercambio anteriores, somete las fuerzas productivas a los hombres asociados y desarrolla las condiciones de esta asociación.¹

La Sagrada familia

La propiedad privada está obligada a mantenerse a sí misma y a su contrario. Es el lado positivo del fenómeno. La relación de mutuo engendramiento entre propiedad privada y proletariado produce como resultado necesario el reforzamiento de la anulación de la naturaleza humana, tanto en el proletariado como en la burguesía. El propio movimiento de la propiedad privada crea los elementos de su negación:

a) En su punto superior, la enajenación se manifiesta en la miseria “en adelante ineluctable, imposible de paliar, absolutamente imperiosa”.

¹ Marx, Carlos, Federico Engels, *La Ideología Alemana*, Ediciones de Cultura Popular, S. A., México, D. F., 1974 (Primera edición en español: Ediciones Pueblos Unidos, S. A., Montevideo, Uruguay, 1958. Se utiliza, por autorización expresa, la traducción directa del alemán de Wenceslao Roces.)

*Licenciado en Derecho por la Universidad Autónoma de Nuevo León e investigador independiente con temas de interés en Filosofía, Filosofía marxista, Economía, Física y Cosmología.

b) La clase burguesa vive la apariencia de una existencia humana que es la base de su poder; se afirma en el lado positivo del fenómeno.

c) El proletariado se ve ineluctablemente empujado entonces, por la contradicción que existe entre su naturaleza humana (en potencia) y sus condiciones de vida, que son la negación franca, neta y absoluta de esa naturaleza humana, a rebelarse contra ese estado de cosas.

El proletariado está entonces obligado a trabajar por su supresión y por la de la propiedad privada.¹

Manifiesto del Partido Comunista

Toda la historia de la sociedad humana, hasta la actualidad, es una historia de luchas de clases. Libres y esclavos, patricios y plebeyos, barones y siervos de la gleba, maestros y oficiales; en una palabra, opresores y oprimidos, frente a frente siempre, empeñados en una lucha ininterrumpida, velada unas veces, y otra franca y abierta, en una lucha que conduce en cada etapa a la transformación revolucionaria de todo el régimen social o al exterminio de ambas clases beligerantes.

En los tiempos históricos nos encontramos a la sociedad dividida casi por doquier en una serie de estamentos, dentro de cada uno de los cuales reina, a su vez, una nueva jerarquía social de grados y posiciones. En la Roma antigua son los patricios, los équites, los plebeyos, los esclavos; en la Edad Media, los señores feudales, los vasallos, los maestros y los oficiales de los gremios, los siervos de la gleba, y dentro de cada una de esas clases todavía nos encontramos con nuevos matices y gradaciones.

La moderna sociedad burguesa que se alza sobre las ruinas de la sociedad feudal no ha abolido los antagonismos de clase. Lo que

ha hecho ha sido crear nuevas clases, nuevas condiciones de opresión, nuevas modalidades de lucha, que han venido a sustituir a las antiguas.

Sin embargo, nuestra época, la época de la burguesía, se caracteriza por haber simplificado estos antagonismos de clase. Hoy, toda la sociedad tiende a separarse, cada vez más abiertamente, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases antagónicas: la burguesía y el proletariado.²

El 18 brumario de Luis Bonaparte

Entre las obras que trataban en la misma época del mismo tema, sólo dos son dignas de mención: *Napoleón le Petit*, de Víctor Hugo, y *Coup d'Etat*, de Proudhon. Víctor Hugo se limita a una amarga e ingeniosa invectiva contra el editor responsable del golpe de Estado. En cuanto al acontecimiento mismo, parece, en su obra, un rayo que cayese de un cielo sereno. No ve en él más que un acto de fuerza de un solo individuo. No advierte que lo que hace es engrandecer a este individuo en vez de empujarlo, al atribuirle un poder personal de iniciativa que no tenía paralelo en la historia universal. Por su parte, Proudhon intenta presentar el golpe de Estado como resultado de un desarrollo histórico anterior. Pero, entre las manos, la construcción histórica del golpe de Estado se le convierte en una apología histórica del héroe del golpe de Estado. Cae con ello en el defecto de nuestros pretendidos historiadores objetivos. Yo, por el contrario, demuestro cómo la lucha de clases creó en Francia las circunstancias y las condiciones que permitieron a un personaje mediocre y grotesco representar el papel de héroe.³

Pero a esto vino a añadirse otra circunstancia. Fue precisamente Marx el primero que descubrió la gran ley que rige la marcha de la historia, la

1 Marx, Carlos, Federico Engels, "La Sagrada Familia y otros escritores filosóficos de la época", Capítulo IV, apartado 4, *Glosa Marginal Crítica No. 2*, traducción del alemán por Wenceslao Roces, Segunda Edición, Editorial Grijalbo, S.A. 1967, México, D. F., pp. 99-103

2 Marx, Carlos, Federico Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, Obras Escogidas, t. IV, Editorial Ciencias del Hombre. Buenos Aires, Argentina, 1973

3 Marx, Carlos, *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, en Carlos Marx, Federico Engels, "Obras Escogidas" en dos tomos, t. I, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú.



Manifestación. Autor: Antonio Berni (1934). Fuente: Gracus

ley según la cual todas las luchas históricas, ya se desarrollen en el terreno político, en el religioso, en el filosófico o en otro terreno ideológico cualquiera, no son, en realidad, más que la expresión más o menos clara de luchas entre clases sociales, y que la existencia, y por tanto también los choques de estas clases, están condicionados, a su vez, por el grado de desarrollo de su situación económica, por el carácter y el modo de su producción y de su cambio, condicionado por ésta. Dicha ley, que tiene para la historia la misma importancia que la ley de la transformación de la energía para las Ciencias Naturales, fue también la que le dio aquí la clave para comprender la historia de la Segunda República francesa. Esta historia le sirvió de piedra de toque para contrastar su ley, e incluso hoy, a la vuelta de treinta y tres años, tenemos que reconocer que la prueba arroja un resultado brillante.⁴

Las ideas fundamentales en torno a las cuales giran estas obras son las siguientes:

- a) Las formaciones económicas que tienen su fundamento en la propiedad privada están integradas por una base y una superestructura.
- b) La base la constituyen las fuerzas productivas y las relaciones de producción.
- c) Las fuerzas productivas son los medios e instrumentos de producción y las relaciones de producción aquellas que contraen los hombres en el proceso productivo.
- d) La relación fundamental es la de propiedad, la cual se establece entre los hombres y los medios e instrumentos de producción. En torno a esta relación esencial se forman grupos sociales que se consolidan como clases de individuos que tienen intereses comunes determinados por su relación de propiedad con los medios e instrumentos de producción.

Las clases sociales de las formaciones económicas sustentadas en la propiedad privada forman una unidad de contrarios, la cual se rige por las leyes de la contradicción en general, expuestas por Guillermo Federico Hegel en su *Lógica*, y por las de la contradicción social (clases sociales unidas en

⁴ *Ibidem.*

un antagonismo) descubiertas y desarrolladas por Carlos Marx y Federico Engels.

En las sociedades que tienen su fundamento en la propiedad privada, las diversas clases sociales se forman, surgen a la lucha política, conquistan y pierden el poder en un orden que está rigurosamente determinado por el desenvolvimiento de la base económica. Los procesos de lucha de clases constan de dos fases que se suponen y se engendran mutuamente.

La primera de ellas se inicia con la dominación de los grandes propietarios: el desarrollo de esta clase social, que se asienta en el crecimiento del sector económico correspondiente, genera el de los restantes sectores económicos de la sociedad y con ello el de las clases sociales respectivas. Pero, al llegar a cierto punto, el dominio económico y político de la clase de los grandes propietarios se convierte en una traba insuperable para las demás clases sociales al tiempo que se hace impracticable por haber agotado las posibilidades de expansión el sector económico que la sustenta. Los intereses de las otras clases sociales cristalizan en oposición a los de los grandes propietarios; esto se produce en primer lugar en la clase antagonista más cercana económica y socialmente a la que ejerce el poder, que de hecho es una fracción suya que se ha desprendido del tronco común, la cual se erige en representante de las restantes clases opositoras al hacer aparecer su interés particular como el de todas ellas. Las clases sociales reclamantes se lanzan a la lucha bajo la dirección de la que se ha constituido en su portavoz; en esta contienda, eventualmente llegan a derrotar a su adversario, con lo que la clase que ha acaudillado el movimiento conquista el poder.

La nueva clase imperante, por un lado, realiza tímidas transformaciones que no afectan en gran medida los intereses de su antecesora pero que, sin embargo, provocan su reacción violenta encaminada a la reconquista del poder y, por el otro, después de una corta etapa de pequeñas concesiones, somete dictatorialmente a su autoridad a sus aliados en el combate y les impide que saquen adelante sus reivindicaciones fundamentales. Las restantes clases de la alianza primigenia ocupan de nuevo su lugar en la oposición y son guiadas ahora por una clase con demandas más avanzadas que las de la actual clase gobernante; ésta, que se encuentra sometida a dos fuegos, se echa por último en brazos de su antigua

rival y forma con ella una Santa Alianza que tiene la finalidad de aplastar a sus nuevos contendientes.

La clase que ahora encabeza la oposición recorre a su vez el mismo camino que su predecesora, hasta llegar a la conquista del poder político; posteriormente, se integra a las antiguas clases dirigentes, con las que establece un frente común a la nueva oposición que fatalmente ha generado. Por fin, la clase más radical de la sociedad, que puede ser la de los más pequeños propietarios o la de los desposeídos, sube al poder y realiza, a través de drásticas medidas (en algunos casos por medio de la violencia revolucionaria), las transformaciones económicas y sociales contenidas tanto en las reivindicaciones de las clases anteriormente contradictoras como en las suyas propias.

Principia entonces una etapa en la cual se despliega impetuosamente el sector económico que es el basamento de esa clase radical. Pero a su debido tiempo, tal auge induce la expansión del crecimiento económico de las clases sojuzgadas y con ello la de ellas mismas, de tal suerte que en un momento determinado la clase en el poder se transforma en un obstáculo para la ascensión de las clases dominadas. El sector económico en que se apoya la clase dominante agota sus posibilidades de crecimiento, con lo que se termina el fundamento de su predominio político.

Se inicia en este punto la fase descendente del ciclo que culmina con la vuelta al poder de la clase de los grandes propietarios, aunque sobre una nueva base económica y política, superior a aquella que fue su punto de partida. Este proceso lleva al régimen económico, ya sea a su nacimiento del seno de su antecesor, o a su adelanto dentro de los límites de la misma forma de producción; el movimiento oscilatorio entre estas dos fases conduce al régimen económico de que se trata a estadios superiores de su existencia.

Hasta aquella fecha todas las revoluciones se habían reducido a la sustitución de una determinada dominación de clase por otra; pero todas las clases dominantes anteriores sólo eran pequeñas minorías, comparadas con la masa del pueblo dominada. Una minoría dominante era derribada, y otra minoría empuñaba en su lugar el timón del Estado y amoldaba a sus intereses las instituciones

estatales. Este papel correspondía siempre al grupo minoritario capacitado para la dominación y llamado a ella por el estado del desarrollo económico y, precisamente por esto y sólo por esto, la mayoría dominada, o bien intervenía a favor de aquélla en la revolución o aceptaba la revolución tranquilamente. Pero, prescindiendo del contenido concreto de cada caso, la forma común a todas estas revoluciones era la de ser revoluciones minoritarias. Aun cuando la mayoría cooperase a ellas, lo hacía — consciente o inconscientemente— al servicio de una minoría; pero esto, o simplemente la actitud pasiva, la no resistencia por parte de la mayoría, daba al grupo minoritario la apariencia de ser el representante de todo el pueblo.

Después del primer éxito grande, la minoría vencedora solía escindirse: una parte estaba satisfecha con lo conseguido; otra parte quería ir todavía más allá y presentaba nuevas reivindicaciones que en parte, al menos, iban también en interés real o aparente de la gran muchedumbre del pueblo. En algunos casos, estas reivindicaciones más radicales eran satisfechas también; pero, con frecuencia, sólo por el momento, pues el partido más moderado volvía a hacerse dueño de la situación y lo conquistado en el último tiempo se perdía de nuevo, total o parcialmente; y entonces, los vencidos clamaban traición o achacaban la derrota a la mala suerte. Pero, en realidad, las cosas ocurrían casi siempre así: las conquistas de la primera victoria sólo se consolidaban mediante la segunda victoria del partido más radical; una vez conseguido esto, y con ello lo necesario por el momento, los radicales y sus éxitos desaparecían nuevamente de la escena.

Todas las revoluciones de los tiempos modernos, a partir de la gran revolución inglesa del siglo XVII, presentaban estos rasgos, que parecían inseparables de toda lucha revolucionaria. Y estos rasgos parecían aplicables también a las luchas del proletariado por su emancipación; tanto más cuanto que precisamente en 1848 eran contados los que comprendían más o menos en qué sentido había que buscar esta emancipación.⁵

En la sociedad capitalista, el ciclo de la lucha de clases tiene inicialmente como protagonistas a los grandes, medianos y pequeños propietarios y luego se extiende hasta la nueva clase de la sociedad, el proletariado. Esta clase social se incorpora a la lucha de clases como un apéndice, primero de la burguesía en general en su lucha contra la aristocracia feudal y después de la fracción liberal de la burguesía o de la pequeña burguesía en su disputa con el gran capital; posteriormente, conquista su independencia y se enfrenta a todas las clases de la sociedad burguesa, pero sosteniendo contra ellas las reivindicaciones más radicales de las mismas.

La sublevación obrera provoca la reacción de las clases burguesas, las cuales reprimen a sangre y fuego a los trabajadores y consolidan así su poder, con lo que se inicia una nueva etapa de la lucha de clases.

Después de recorrer el mismo camino, la lucha de clases desemboca de nuevo en la insurrección proletaria, pero ahora sí como un movimiento que pretende la subversión de la sociedad burguesa y que para ello ha llegado hasta el derrocamiento de la burguesía y la conquista del poder político por los insurrectos.

Tal revolución proletaria da lugar a un nuevo fortalecimiento de la burguesía; esta clase social reconquista el poder, somete a su dominación a la clase obrera y la lleva a constituirse de nuevo en un apéndice suyo.

Conforme a la dialéctica de la lucha de clases ya reseñada, la iniciativa histórica va pasando de una clase social a otra en un orden predeterminado que sigue, en términos generales, el que a continuación se expone: oligarquía, burguesía media, pequeña burguesía y proletariado, para recaer de nuevo en la plutocracia, desde donde se inicia un nuevo ciclo de la lucha de clases.

Esta dialéctica de la lucha de clases es la que se produce en su forma pura en las tres revoluciones clásicas de Francia: la de 1789, la de 1848 y la de 1871. En la primera, la lucha de clases se resuelve en el derrocamiento del régimen feudal y la instauración del capitalismo y en la segunda y la tercera en el perfeccionamiento del recién nacido régimen burgués.

⁵ Marx, Carlos, *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1852*, en Carlos Marx, Federico Engels, "Obras Escogidas", t. IV, Editorial Ciencias del Hombre, Buenos Aires, Argentina, 1973, pp. 164-266.

Después de determinar la esencia del régimen capitalista como la pérdida de la naturaleza humana en el proletariado y derivar de aquí la necesidad histórica de la insurrección de esta clase con el propósito de reivindicar esa naturaleza que se ha apropiado el capital, Marx y Engels se proponen descubrir el proceso a través del cual ha de obtenerse ese resultado.

En los trabajos que estamos examinando, teniendo como antecedente inmediato los estudios de los escritores políticos franceses acerca de la revolución de 1789, la cual había llevado a éstos al conocimiento de que el desarrollo de la sociedad tiene como fundamento la lucha de clases, Marx y Engels analizan, con el fin de sacar las conclusiones pertinentes respecto de la lucha del proletariado por el socialismo y el comunismo, la que se suscita en la sociedad capitalista.

Después de la revolución francesa, el capitalismo, a la vez que desarrolla sus características como ser determinado inmediato, produce los elementos de su esencia positiva; se constituyen y maduran los dos polos que integran su fundamento positivo hasta llegar a la máxima intensidad del polo negativo. Este enardecimiento del polo negativo trae consigo un doble resultado: por una parte, surge la primera formulación de la doctrina de la revolución, la cual es un elemento integrante de la esencia negativa del capitalismo, del otro en que éste ha de convertirse y, por otra, se escenifican las primeras insurrecciones obreras que llevan en un caso a la imposición de la república a la propia burguesía (revolución de 1848) y por el otro a la efímera conquista del poder político

por el proletariado en armas (comuna de París en 1871). Estas sublevaciones obreras tienen un contenido capitalista, en el primer caso porque sus reivindicaciones son burguesas y el resultado del movimiento es la elevación de la burguesía al poder y en el segundo porque su reivindicación principal es la defensa de la patria burguesa frente a la invasión extranjera. Sin embargo, con base en ese contenido han desarrollado, como un resultado meramente marginal, los gérmenes de la forma de la esencia negativa del capitalismo, esto es: la insurrección armada del proletariado, la conquista por el mismo del poder y el establecimiento de su dictadura como los medios para dar a luz al otro régimen social que el capitalismo lleva en su seno.

Marx y Engels asimilan teóricamente los resultados de las modernas luchas de clases que se presentan prácticamente ante sus ojos e incorporan a su doctrina, junto al concepto de la esencia negativa del capitalismo, el de la forma que la misma tendrá que adoptar necesariamente, primero en el ámbito nacional y luego a escala internacional, para dar a luz el socialismo e implantarlo en todo el planeta. La labor posterior de los fundadores del socialismo científico consiste en impulsar el movimiento obrero hacia su fusión con la teoría revolucionaria para de esa manera convertirlo en el núcleo de la esencia negativa del capitalismo, en el enterrador consciente de ese régimen social.

El modelo clásico de la lucha de clases en el período de nacimiento del régimen capitalista es el de la revolución francesa de 1789, la cual será objeto de nuestro estudio en la tercera parte de este trabajo.